

¿DEBERÍA LA PROSTITUCIÓN INCLUIRSE EN EL CÁLCULO DEL PIB? REFLEXIONES SOBRE CÓMO ECHAMOS LAS CUENTAS EN LA ERA DE LA CRISIS ECOLÓGICA GLOBAL

por Jorge Riechmann

Si la policía detiene al traficante de cocaína...

No se trata sólo de que la realidad imite al arte, como decían a veces nuestros bisabuelos. Hoy en día, nos hallamos a menudo en la desoladora situación siguiente: las aceradas viñetas satíricas de El Roto, o los agudos y críticos grafitis que pinta con plantilla Banksy en las paredes de medio mundo (un consejo incidental: ¡no se pierdan ustedes *Exit through the gift shop!*), parecen casi desleído costumbrismo frente a las bofetadas que nos asesta cada día el poder –los poderes– y que reiteran luego los *mass-media* del Gran Espectáculo.

Sin ir más lejos, en el Día Mundial de la Estadística, el 20 de octubre de 2010, don Jaime García Villar, presidente del INE (Instituto Nacional de Estadística), daba a conocer a través de *Cinco Días* alguno de los nuevos proyectos de su organismo oficial: entre ellos, incluir la prostitución, el tráfico de drogas y el contrabando en el cálculo del PIB. Textualmente:

“...hay algunos ámbitos, como el de la economía ilegal, hablamos de prostitución, contrabando y tráfico de drogas, que de forma explícita a fecha de hoy no forman parte del PIB, aunque en el reglamento están contempladas. Por dificultades metodológicas, ningún país de la UE las incluye, pero está previsto que en un futuro no muy lejano, aprovechando el cambio de base, se puedan incorporar, contabilizándose en el PIB. Son tres sectores no despreciables de ámbito económico, de difícil medición, aunque alguno de ellos parcialmente seguro que está indirectamente recogido en lo que es la información del PIB.”¹

La idea es aprovechar el cambio de base estadística en el verano de 2014 para introducir estas actividades en el cómputo. La broma –vieja pero atinada– decía que si un hombre se casa con su cocinera la renta nacional

se reduce: habrá que actualizarla señalando que cuando un putaño se case con una meretriz, o cuando un traficante de cocaína sea detenido por la policía, el PIB menguará... lo que las autoridades económicas (y las autoridades a secas) consideran una calamidad, consiguiendo convencer de ello a la mayoría de la sociedad. ¿No tendremos que echar una mirada a las cuentas de la Contabilidad Nacional?



Los sistemas de Contabilidad Nacional

En los años treinta, y en paralelo con la implantación del keynesianismo como paradigma económico dominante, se crearon métodos de contabilidad nacional (abreviaremos CN) que estaban pensados para captar las variaciones de la renta nacional. Estos métodos se generalizaron en todo el mundo después de la segunda guerra mundial, como parte de un proceso que aspiraba a la “cientifización” y racionalización de las políticas económicas. Los sistemas de CN se utilizan para indicar el nivel de la actividad económica, el ahorro y la inversión, la estructura industrial, la produc-

¹ Entrevista en *Cinco Días*, 20 de octubre de 2010. Puede consultarse en http://www.cincodias.com/articulo/economia/PIB-contabilizara-prostitucion-contrabando/20101020cdscdieco_7/cdseco/

tividad en un período determinado, o para comparar la evolución de estas magnitudes en distintos países; y su utilidad para estos menesteres es indudable. Pero la CN se creó y se generalizó en un momento en que el medio ambiente como factor económico y como condicionante de la vida humana quedaba completamente fuera del campo de visión de los economistas. Ello es hoy fuente de graves problemas.



La más conocida de las magnitudes de la CN es el PIB (Producto Interior Bruto): la corriente de aquellos bienes y servicios finales generados por una economía en un lapso temporal determinado (generalmente un año) que pasan a través de los mercados, valorados a los precios pagados en estos.² A partir de él se calculan otros indicadores como el PNB (Producto Nacional Bruto) y el PNN (Producto Nacional Neto). La diferencia entre el PIB y el PNB, o más en general la diferencia entre las magnitudes económicas *interiores* y las *nacionales*, es la siguiente: las primeras se refieren a lo ocurrido dentro del territorio del estado en cuestión, mientras que las segundas se refieren a las actividades llevadas a cabo por los residentes en el territorio en cuestión (tanto dentro como fuera de ese territorio)³.

Lo que miden PIB o PNB son en lo esencial transacciones mercantiles, aunque no de forma totalmente consecuente⁴. Fueron diseñados básicamente para medir *los flujos monetarios a través de la economía, la actividad de los mercados*: nada más (pero tampoco nada menos). En este sentido, la introducción en el cómputo de los alquileres imputados de las viviendas ocupadas por sus propietarios, o del autoconsumo de los agricultores, hace perder nitidez a estos índices cuyo propósito debería ser fundamentalmente técnico. Lo que miden son los flujos monetarios a través de una economía nacional en un período dado, evitando contar dos veces los mismos flujos. Se suman los valores de cambio, haciendo abstracción de las personas excluidas del mercado, las desigualdades en la distribución y en las opciones vitales, los costes o efectos externos, los valores de uso, el deterioro del medio ambiente y el agotamiento o depreciación de los recursos naturales (el “capital natural”).

Primeras críticas al PNB y a la contabilidad nacional (CN)

La crítica a la CN y al PNB no es cosa de hoy. Hace cuatro decenios, economistas con sensibilidad ecológica y social ya la enunciaban vigorosa y agudamente:

“En el análisis económico a muy breve plazo —y en los países desarrollados, como afirmo categóricamente; no en los subdesarrollados— el PNB, tal como se lo calcula hoy, puede tener algún valor como indicación. En todos los países, muchas cifras particulares de la contabilidad nacional relacionadas con elementos ingredientes también pueden ser útiles. Pero para el tipo de problemas a largo plazo, enfocados a los hechos del agotamiento y la contaminación que quedan excluidos de los cálculos junto con las actitudes, instituciones y fuerzas políticas, el PNB debe ser desechado como enteramente inaplicable a la realidad”⁵.

A estas alturas del siglo XXI, creo que sólo los productivistas más cerriles pondrán en duda que *el PNB no*

² Para evitar contar dos veces, en el cálculo del PIB se restan los consumos intermedios (aquellos bienes y servicios, distintos de los de capital fijo, que las unidades productivas emplean para obtener otros bienes y servicios).

³ Si de cualquier magnitud económica expresada en términos *brutos* restamos la depreciación del capital fijo (pérdida de valor de los bienes de capital como edificios, equipos industriales, etc, debida a deterioro u obsolescencia) obtenemos esa magnitud en términos *netos*. Así, el PNN (Producto Nacional Neto) es igual al PNB menos la depreciación de los bienes de capital: es el saldo neto que subsiste después de mantener intacto el capital creado por el ser humano.

⁴ Por ejemplo, en el PIB o el PNB se computan los servicios ofrecidos por las viviendas ocupadas por sus propietarios (alquileres imputados, cuya cuantía suele estimarse por el alquiler de viviendas de similar categoría) o los servicios no destinados a la venta producidos por las administraciones públicas (seguridad, justicia, representación diplomática, etc., valorados según los costes incurridos en su producción), o también la producción agrícola consumida por los propios agricultores; pero no se tiene en cuenta la producción de bienes y servicios en las unidades domésticas, cuya enorme importancia cuantitativa y cualitativa nadie en su sano juicio negará. Las razones que llevan a tomar en cuenta unas actividades e ignorar otras son de conveniencia, funcionalidad o históricas, pero no de tipo lógico.

⁵ Gunnar Myrdal en Maurice F. Strong (comp.): *¿Quién defiende la Tierra?* FCE, Méjico 1975, p. 62.

es ningún indicador del bienestar humano. Como se ha dicho, “la renta [nacional] es una categoría que suma el valor del armamento militar con los salarios de la policía secreta y los funcionarios de prisiones, los beneficios generados por las empresas tabacaleras y de otros productos cancerígenos junto con el valor del pan y los costes de los servicios médicos, todo ello para producir un único índice de desarrollo. Esta amalgama de actividades heterogéneas que satisfacen y niegan al mismo tiempo las necesidades humanas, algunas de ellas en el origen de importantes daños al medio ambiente, no es (...) un punto de partida válido para configurar un índice de desarrollo”⁶. El bienestar es una magnitud multidimensional que no puede expresarse en términos monetarios, y ya hemos visto que lo que mide el PNB son precisamente transacciones mercantiles. Yendo más a lo menudo, las primeras críticas que pueden hacerse a la CN y el PNB son las siguientes:

- En estas cuentas *no se refleja la distribución de los bienes*, sino sólo las variaciones absolutas de la renta: pueden existir grandes desigualdades sociales, y un incremento del PNB puede coincidir con el agravamiento de estas desigualdades.
- *No se reflejan los cambios en la calidad ni en la composición cualitativa de los bienes*. Si los zapatos son menos resistentes pero más caros, el PNB aumenta. Si la carne engordada con hormonas hace aumentar la proporción de carnes y grasas en nuestra alimentación (empeorando con ello la calidad de la dieta y nuestra salud), el PNB aumenta.
- *El proceso de mercantilización de cada vez más áreas de la vida humana, que a menudo va de consuno con una pérdida de calidad de vida, se refleja positivamente en el PNB*. Si el agua del grifo deja de ser potable y nos vemos obligados a comprar agua mineral embotellada, el PNB crece. Si dejamos de poder bañarnos en el río gravemente contaminado y es necesario construir piscinas, el PNB crece.
- *A la inversa, no se incluyen bienes no mercantilizados pero que tienen una incidencia directa en la calidad de vida y el bienestar humano*, como por ejemplo la existencia de zonas verdes o una atmósfera no contaminada.
- *Se contabilizan como “bienes” algunas producciones que en realidad son “males”*: producción de armas o de sistemas anticontaminación, por ejemplo. El

aumento de los accidentes automovilísticos (que disparan los gastos sanitarios) o de las enfermedades que exigen tratamiento con costosos medicamentos hacen crecer el PNB.

- *El concepto de producción que subyace a la CN y al PNB se limita al trabajo asalariado*, y por ello excluye una enorme cantidad de trabajo socialmente necesario que se lleva a cabo al margen de los canales mercantiles: el trabajo doméstico, por ejemplo. En todo el mundo, las economías domésticas producen aproximadamente el equivalente a un tercio del PNB (entre el 25% y el 40%, según los países); el trueque equivale actualmente por lo menos a un 10% del comercio mundial⁷.



Dos funciones de las magnitudes de la CN: analítica y normativa

Por consiguiente, debería quedar claro que *el PNB no mide el bienestar humano ni sus variaciones*. La suposición de que el crecimiento económico entraña automáticamente un aumento de bienestar se ve rebatida sin asomo de dudas por las experiencias del ensanchamiento de la brecha Norte-Sur y la crisis ecológica global. Sobre todo esta última pone de manifiesto la doble faz de las fuerzas productivas, que son también fuerzas destructivas cuya destructividad va en aumento a lo largo del proceso de “desarrollo”: demasiado crecimiento se torna contraproducente. El crecimiento económico convencional (medido con los indicadores convencionales como el PNB) a partir de cierto umbral se convierte en destrucción neta⁸.

⁶ Bob Sutcliffe: “Desarrollo humano: una valoración crítica del concepto y del índice”. *Cuaderno de trabajo* 10 de HEGOA (Bilbao, junio de 1993), p. 14.

⁷ Paul Ekins/ Mayer Hillam/ Robert Hutchison: *Riquezas sin límite. El atlas Gaia de la economía verde* (EDAF, Madrid 1992), p. 39.

⁸ Es un asunto que he tratado de argumentar en varios lugares: véase por ejemplo Jorge Riechmann, “El desarrollo sostenible como asunto de justa medida”, capítulo 13 de *Biomimesis*, Los Libros de la Catarata, Madrid 2006.

Aquí podría replicarse: no se pueden pedir peras al olmo. No hay que pedir al PNB lo que éste no puede dar. No debe sacársele de su papel técnico: se trata de un índice construido en lo esencial para medir la actividad de los mercados, los flujos monetarios, y es un error equiparar éstos al bienestar humano, o incluso a la riqueza de una sociedad.

Lo anterior es cierto. Pero el problema es que *el PNB desempeña dos funciones muy distintas en la vida pública*⁹. Por una parte es una *herramienta intelectual para entender* cómo funciona la economía (el nivel de actividad económica, el comportamiento de las macro-magnitudes, su tasa de variación, etc): sin esta herramienta, el análisis económico sería prácticamente imposible, y las políticas económicas (incluyendo las futuras políticas económicas ecologistas) estarían todavía menos fundadas que en la actualidad. Pero por otra parte el PNB se emplea también como un *criterio valorativo* para enjuiciar la marcha de la economía, o incluso de la sociedad como un todo (se habla de países “desarrollados” y “subdesarrollados” en función de su renta per cápita).

Importa distinguir claramente estas dos funciones del PNB, una analítica, la otra normativa. La vigencia pública de esta segunda función (el PNB en cuanto norma de desarrollo y bienestar) explica que maximizar el PNB siga siendo el mandamiento supremo de todos nuestros gobernantes, y que mucha gente siga pensando hoy que este índice sí que expresa el rendimiento global de una economía (y que por tanto un PNB en expansión es sinónimo de una economía que goza de buena salud). Alguien podría decir: de acuer-



do, admito que una economía con buena salud no es lo mismo que una ciudadanía con buena salud (por no hablar de un medio ambiente con buena salud); pero prefiero la primera a la segunda y al tercero. Pero la cuestión es que el PNB tampoco expresa bien el rendimiento global de una economía, y por tanto *esta segunda función del PNB es espúrea, bastarda, injustificable.* Aquí es donde interviene la crítica más específicamente ecologista.

Costes externos

Sólo quien con manifiesto desprecio por la realidad suponga que en la actividad económica no se producen *costes externos* que no aparecen en la contabilidad del causante (daños a terceros —que pueden ser tanto conciudadanos nuestros como otras especies animales y vegetales, ecosistemas enteros, o generaciones venideras de humanos) puede sostener que el PNB es un buen indicador del rendimiento económico, de la “salud” de la economía. Sucede, por el contrario, que *los efectos externos son inevitables y omnipresentes, y han ido constantemente en aumento a lo largo de la industrialización.*

Los costes externos o “externalidades” son *costes sociales no compensados* (vale decir: impuestos a terceros fuera de cualquier transacción voluntaria). Prácticamente todos los fenómenos de contaminación son ejemplos de costes externos; también la destrucción de vida animal o vegetal, o el agotamiento de recursos naturales, son ejemplos inmediatos¹⁰.

El concepto de *mal público* —en cierto modo simétrico al de bien público— está relacionado con el concepto de externalidad. Un mal público es un rasgo negativo de la sociedad que todos y cada uno de sus miembros padecen. Así, por ejemplo, ciertos tipos de contaminación, guerras para rebajar el precio de las materias primas, publicidad engañosa, o la inexistencia —o incumplimiento— de normas sobre seguridad e higiene en el trabajo. El capitalismo tiende a generar un elevado nivel de males públicos, porque “en una economía capitalista hay una clase reducidísima de personas ricas que reciben ingresos gigantescos como dividendos por sus participaciones en los beneficios de las empresas, y está en su interés mantener grados muy elevados de males públicos que aumenten los beneficios. El efecto positivo que los males públicos tienen sobre los ingresos de estas personas les com-

⁹ Michael Jacobs: *The Green Economy* (Pluto Press, Londres 1991; hay trad. castellana en ed. Icaria), p. 226.

¹⁰ Hablar de *costes sociales* (como en el libro pionero de William Kapp en 1950, *Los costes sociales de la empresa privada*: edición parcial en Libros de la Catarata, Madrid 2006, con una sustanciosa introducción de Federico Aguilera Klink) resulta mucho más aconsejable que emplear el término “externalidades”: este último sugiere que se trata de fenómenos externos al mercado y en cierto sentido marginales

pensa sobradamente por el efecto negativo directo que los males tienen para su bienestar”¹¹. En general, y por la razón antedicha, una distribución igualitaria de la propiedad y de la riqueza va asociada a un menor nivel de males públicos.

Algunas externalidades pueden cuantificarse monetariamente y después “internalizarse”; pero muchas otras no. Cuando una nueva autopista arrasa un paisaje rural, podemos cuantificar la pérdida de valor de los inmuebles en zonas residenciales, pero no podemos en rigor dar valor crematístico a la destrucción de vida animal o vegetal, a la pérdida de suelo fértil o a la contribución que el incremento de la motorización hará al “efecto invernadero” (“en rigor” quiere decir: sin introducir supuestos insosteniblemente arbitrarios).

“Internalizar las externalidades” (en mejor castellano: interiorizar los efectos externos) suena como una expresión inofensiva, de una neutralidad poco comprometida. Pero mientras no caigamos en la cuenta de que interiorizar los efectos externos, para nosotros, puede significar renunciar al automóvil privado o a la inmensa mayoría de los viajes en avión, poco habremos avanzado; mientras no advirtamos que interiorizar los efectos externos significa cambiar de arriba abajo las relaciones Norte-Sur, no habremos avanzado nada.

“La ‘externalidad’ es un término tan general que deben hacerse algunas distinciones. Distinguimos entre las externalidades *localizadas* y las *generalizadas*. Las primeras pueden corregirse, por lo menos en una medida razonable, ajustando los precios o mediante otros cambios que no son radicales. En cambio, las externalidades generalizadas tienen un alcance más amplio y no pueden corregirse efectivamente mediante cambios en los precios relativos. Se requieren límites cuantitativos o profundos cambios institucionales. Hay también algunos casos intermedios. La industria del carbón ofrece buenos ejemplos de cada categoría. La silicosis es una externalidad localizada: está claramente asociada con la minería del carbón y nada más. Sólo los mineros del carbón y sus familias se ven directamente afectados. Las externalidades generalizadas asociadas con el carbón incluyen la acumulación de dióxido de carbono en la atmósfera (el efecto invernadero) y la lluvia ácida. (...) Todas las conclusiones de la teoría económica acerca de la eficiencia social de la competencia pu-

ra y el libre mercado se basan explícitamente en la premisa de la ausencia de externalidades”¹².

Refiriéndose a aquellas externalidades que Daly y Cobb llaman *generalizadas*, precisa Martínez Alier la inanidad del empeño en su cuantificación crematística:



“La historia del calentamiento global muestra que la crítica ecológica en contra de la economía ortodoxa no se basa únicamente en el hecho de que desconocemos actualmente las preferencias de los agentes futuros, quienes no pueden acudir al mercado de hoy, y no se basa únicamente, por tanto, en la arbitrariedad de los valores dados actualmente a los recursos agotables o a los efectos externos que se harán sentir en el futuro. La crítica ecológica se basa además en la incertidumbre sobre el funcionamiento de los sistemas ecológicos que impide radicalmente la aplicación del análisis de externalidades. Hay externalidades que no conocemos. A otras, que conocemos, no sabemos darles un valor monetario actualizado, al no saber siquiera si son positivas o negativas”¹³.

Por último, el economista Daly y el teólogo Cobb ponen de manifiesto cómo el concepto de “externalidad” (o exterioridad, en la traducción mejicana de *For the Common Good*) representa, en el mejor de los casos, un parche o apaño para la teoría económica convencional que se nos queda corto a estas alturas de la historia:

“Una de las más importantes [abstracciones abusivamente introducidas por el pensamiento económico convencional] es la abstracción de un flujo

¹¹ John Roemer, *Un futuro para el socialismo*, Crítica, Barcelona 1995, p. 81)

¹² Herman E. Daly/ John B. Cobb: *Para el bien común*, FCE, Méjico 1993, p. 57

¹³ Joan Martínez Alier: *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Icaria, Barcelona 1992, p. 43.

circular del producto y el ingreso nacionales, regulado por un mercado perfectamente competitivo. Esto se concibe como un análogo mecánico, con una fuerza motivadora provista por la maximización individualista de la utilidad y el beneficio, haciendo abstracción de la comunidad social y de la interdependencia biofísica. Lo que se subraya es la asignación óptima de los recursos supuestamente resultante de la interrelación mecánica entre los intereses individuales. Lo que se omite es el efecto del bienestar de una persona sobre el bienestar de otras personas ligadas por lazos de simpatía y de comunidad humana, y los efectos físicos de las actividades de producción y consumo de una persona sobre las demás, a través de los lazos de la comunidad biofísica. (...) Las exterioridades representan un reconocimiento de los aspectos omitidos de la experiencia concreta, pero de tal manera que se minimiza la reestructuración de la teoría básica. Mientras que las exterioridades involucren detalles secundarios, es posible que este procedimiento sea razonable. Pero cuando tienen que clasificarse como exterioridades ciertas cuestiones vitales (como la capacidad de la Tierra para sostener la vida), habrá llegado el momento de reestructurar los conceptos básicos y empezar con un conjunto de abstracciones diferente que pueda incluir lo que antes era externo.”¹⁴

La misma definición de *externalidad* negativa (coste externo impuesto a terceros, fuera de las transacciones más o menos voluntarias de la economía mercantil) ya pone en evidencia que cada externalidad plantea un problema moral: no se trata sino de un daño que dos participantes en cierta interacción económica infligen a un tercero “inocente”, que no tiene arte ni parte en el asunto. La omnipresencia de “externalidades”, junto con la imposibilidad de “internalizarlas” radicalmente, implica que no podemos nunca pensar en una economía ajena por completo a la moral; que el ámbito de lo económico y el ámbito de lo moral se intersecan necesariamente. No solamente no hay teoría económica libre de valoraciones morales, sino que tampoco hay actividad económica libre de problemas morales.

La crítica ecologista a las magnitudes de la CN

Si tomamos en consideración la importancia de los costes externos en las sociedades industriales, podemos realizar la siguiente crítica ecológica de los sistemas de CN:

- *El PNB no refleja el impacto de la actividad económica en el medio ambiente. No refleja, por ejemplo, la pérdida de calidad de vida a consecuencia del deterioro ambiental.* Muchas mujeres en los países del Sur tienen que darse caminatas cada vez más largas y extenuantes para recolectar leña para cocinar: ello no se refleja en el PNB de su país. Otro ejemplo: para encontrar aire puro y espacios limpios los habitantes de las naciones industrializadas tienen que emprender viajes cada vez más largos y extenuantes: eso tampoco lo recoge el PNB (o lo recoge paradójicamente como crecimiento: desplazamientos más largos, hoteles, segundas residencias, etc). *Tampoco refleja el agotamiento de los recursos.* No refleja la destrucción de las funciones ambientales ni los recursos naturales que no tienen valor de mercado. Por el contrario, contabiliza como renta generada el consumo e incluso el agotamiento de los recursos con valor de mercado. *Contra toda lógica se contabiliza como producción lo que en realidad es disminución del patrimonio natural.* Cuanto mayor sea la tasa de extracción (y por consiguiente más rápido el agotamiento de los recursos), mayor será el incremento del PNB. “Un país puede estar al borde de la bancarrota ecológica y seguir registrando un incremento del PIB, pareciendo así que progresa”¹⁵ ¿Cómo juzgaríamos a una familia que vende su casa y sus muebles para gastarse el producto de la venta, o al propietario de la fábrica que va vendiendo todos sus activos, o al banquero que se merienda el patrimonio de su banco repartiéndolo cada año? Sin duda no diríamos que se trata de incrementos de renta corriente, y que son más ricos al final de este proceso que al comienzo. Pero exactamente así nos comportamos en relación con los recursos naturales.
- *El PNB es una medida de flujos (monetarios) más que una medida de fondos o stocks.* Pero hoy no podemos seguir asociando las medidas de flujo —en especial cuando hablamos de flujos físicos— con el éxito industrial y económico. El crecimiento exponencial de los flujos físicos —producción, consumo, materias primas, energía, residuos— es una causa de problemas, no un índice del éxito; y los flujos dependen del mantenimiento continuado de los fondos. “Si tuviéramos en cuenta las reservas finitas y la creciente inaccesibilidad para obtener minerales y combustibles fósiles, así como la capacidad del

¹⁴ Daly/ Cobb, *Para el bien común*, p. 41.

¹⁵ Sandra Postel en Ekins/ Hillam/ Hutchison: *Riquezas sin límite. El atlas Gaia de la economía verde*, p. 43.

medio ambiente y del ser humano para asimilar el daño que produce la contaminación, redefiniríamos nuestros propósitos económicos teniendo en cuenta los *stocks*. El éxito no reside en maximizar el flujo de energía y de materias primas que utilizan los sistemas de producción y consumo. Por el contrario, una economía tiene éxito en la medida en que satisface los niveles de vida que exige la cultura, con una demanda mínima de minerales, energía y recursos ambientales”¹⁶

- El PNB considera los gastos defensivos (gastos e inversiones realizadas para disminuir o reparar el deterioro ambiental) como renta generada, lo cual exagera la renta realmente disponible. Si hace falta invertir en depuradoras y filtros descontaminadores para mejorar la deterioradísima calidad de aguas y aires, ¿somos más ricos al final de este proceso que antes de que aires y aguas fueran envenenados? Por el contrario, cambios de comportamiento que son beneficiosos para la calidad de vida y el medio ambiente repercuten negativamente en los indicadores de renta nacional (más bicicletas y menos coches, mejor aislamiento de los hogares que evita calefacción, etc).
- El análisis detallado de la CN en los países industrializados revela que en general *cuanto más dañina ambientalmente es una actividad económica, mayor es su contribución al crecimiento del PNB*. Por ejemplo, analizando el PNB de Holanda, Huetting llegaba a la conclusión de que el 30% de las actividades generan el 70% del crecimiento, pero son precisamente las más nocivas para el medio ambiente: industria petrolífera y petroquímica, metalurgia, agricultura, minería, transporte e infraestructuras públicas (incluyendo la construcción de carreteras)¹⁷.

Ahora bien: si en una economía los precios relativos de bienes y servicios están sistemáticamente distorsionados (por ejemplo, por la valoración insuficiente o inexistente de los recursos naturales y de los daños ecológicos), *resultará de ello una mala asignación de recursos y fuerzas productivas* que no dejará de tener efectos negativos en la economía nacional. A tenor de to-



do lo anterior, parece obvio que estamos valorando mal. Los precios de mercado y los indicadores basados en ellos (como el PIB y el PNB) están enviando señales económicas erróneas a la sociedad, y deberían ser corregidos... aunque no precisamente en la dirección en que planea hacerlo el director del INE. Son economistas ecológicos como José Manuel Naredo quienes nos indican el camino que deberíamos seguir:

“La economía ambiental, para aplicar su lógica de coste-beneficio a los bienes libres que integran ese medio ambiente, tiene que empezar por valorarlos, ya sea implantando la propiedad y el mercado sobre ellos o simulando dicho mercado para imputarles valores teóricos apoyados sobre el cálculo de ‘costes de oportunidad’, ‘precios sombra’, ‘valores de contingencia’, etc. Sin embargo, la economía ecológica ha de preocuparse, en primer lugar, de la naturaleza física de los bienes por gestionar y la lógica de los sistemas que los envuelven, considerando desde la escasez objetiva y la renovabilidad de los recursos empleados, hasta la nocividad y el posible reciclaje de los residuos generados, a fin de orientar con conocimiento de causa el marco institucional para que éste arroje ciertas soluciones y no otras en costes, precios y cantidades de recursos utilizados, de productos obtenidos y de residuos emitidos.”¹⁸

¹⁶ Christian Leipert: “Los costes sociales del crecimiento económico”, en Federico Aguilera Klink/ Vicent Alcántara (comps.): *De la economía ambiental a la economía ecológica* (Icaria, Barcelona 1994).

¹⁷ Robert Goodland/ Herman Daly/ Salah El Serafy/ Bernd von Droste: *Environmentally Sustainable Economic Development: Building on Brundtland* (UNESCO, París 1991), p. 52. Hay trad. castellana en ed. Trotta.

¹⁸ He aprovechado en este texto algunas partes de mi capítulo II.5 en *Ni tribunus –Ideas y materiales para un programa ecosocialista*, uno de los libros que Paco Fernández Buey y yo escribimos juntos. Cabe encontrar alguna otra reflexión sobre este tema en el capítulo 3 de *Biomimesis*, titulado “¿Crecer en un mundo lleno?”.